

es preciso hacer justicia á todos, habia restablecido la partida la habilidad de los jugadores.

Nuestros tres caballeros, á quienes hemos visto por la mañana con la cabeza baja y el desaliento en el rostro, habian entonces con aire de vencedores. La misma Lola estaba loca de alegría.

El noble baron de Bibandier recordaba con cierta complacencia que la víspera habia exaltado á Enrique y Roger mostrándoles á través de una ventana abierta aquel bello grupo, el nabab dormido entre las dos jóvenes.

—Preciso era ver, añadió sonriendo, de qué modo se enfurecian los enamorados.

Recordaba además que habia estado en observacion en las inmediaciones del club, y que gracias á su ilustre proteccion, se habia verificado la entrada en el club de Enrique y Roger.

Concluia diciendo:

—Si los dos muchachos no matan mañana á ese bribon de nabab, será porque tendrá siete vidas como los gatos.

Lola se gloriaba de haber enfurecido al joven Pontalés, que habia pasado todo el dia en la sala de armas para adiestrarse la mano.

No se limitaba á esto solo su trabajo.

Habíase trasladado por órden de Roberto al palacio Montalt, donde en muy cortos minutos habia conferenciado con una de las mujeres de Mirza, llamada Nawu.

XI.

LA HERENCIA.

La noche de ese mismo dia, tan útilmente empleado, hubo un pequeño festin en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

La jornada habia comenzado mal. Se habian despertado en la tristeza. El encuentro de las dos hijas del tio Juan, que creian muertas, su presencia en el palacio del nabab, las imprudentes revelaciones hechas á este último por Roberto, en fin, el rapto del Angel.

Era una série de golpes terribles y muy dificiles de parar al parecer.

Pero habia variado la escena, ó mas bien, porque

Esa mujer era de origen malayo y sostenia la detestable reputacion de su raza.

Lola conservaba un rencor inmenso y reciente á las dos hijas del tío Juan. Habia dado dinero á Nawu, la malaya, y ésta le habia prometido encontrarse á la caída de la noche en la calle de Gabriela con objeto de recibir un nuevo presente y saber lo que se esperaba de ella en cambio del oro dado.

Lola, cuya naturaleza no era cruel, hubiera dado tal vez á pesar de su rencor al dictar las condiciones del contrato.

Así pues, no se habian fiado de ella. Quien se encargó de acudir á la cita fué el señor conde de Monteiro.

Nawu era capaz de comprender á media palabra lo que de ella se exigia. Las mujeres de su país son, segun afirman los viajeros, los primeros envenenadores del universo.

Envenenan por un collar de vidrio, por un crespón de la India, por una estampa iluminada, como sus maridos dan puñaladas por un frasco de aguardiente.

Esto es cosa conocida y no necesitamos formar la reputacion de la raza malaya.

Nawu se guardó el dinero, prometiendo que á la mañana siguiente dormirian para no despertarse jamás las dos jóvenes.

Tuvo la discrecion de no informarse de la causa que obligaba á Blas á hacer uso de su talento.

Se convino una señal. Nawu prometia que cuando hubiese concluido su empresa encenderia dos luces en la última ventana del ala izquierda del palacio, que daba justamente sobre aquellas callejuelas desiertas por donde hemos visto internarse el carruaje de Mme. Cocarde el dia de la fiesta del nabab.

A las altas horas de la noche habria una persona en esas calles esperando la señal. Nawu recibiria al dia siguiente el complemento de la recompensa.

Era un negocio muy sencillo y tratado de la mejor buena fe por las dos partes. No se trataba, como hizo observar Blas bebiendo un vaso de jerez de ahogar á nadie segun la escuela de Bibandier y Mme. Nawu aparentaba ser mujer que cumplia su palabra.

Por lo que hace á la señal, era únicamente Blas quien debia verla, y nuestros tres caballeros no tenian necesidad de molestarse para ir á esperarla. Sus negocios los llamaban á otra parte antes de salir el sol.

Porque como se puede comprender, al combinar los cinco desafíos del nabab habia querido Roberto procurarse otras seguridades además de las del duelo, y nuestros tres caballeros tenian proyectado dormir muy poco aquella noche.

Cada uno ensalzaba sus cualidades; el Americano tomó la palabra.

—Yo, dijo, no menciono á Vicente ni al tío

TOM. III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4mo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Juan, á quienes he arrojado al nabab como perros rabiosos.

—¡Y qué bien estaba el tío Juan, dijo Bibandier, con sus albarcas y su tosco chaqueton! Cuando recuerdo que he estado peor vestido que él!

—¡Miserial prosiguió el Americano; no digo que no, pero me pertenece la idea de haber entablado relaciones con Mme. Nawu. Es preciso dejar algo á ese buen muchacho Blas, que sabe manejar los dedos con una habilidad estremada. En cuanto á la expedicion de mañana, pertenece á los futuros contingentes, y es preciso esperar para juzgar sus resultados. Pero de lo que me glorío, queridos amigos, es de haber hecho una buena accion que regocija mi conciencia.

Recostóse en el respaldo del sillón, tomando un acento teatral.

—Había una pobre familia reducida al último grado de la miseria. Nosotros habíamos contribuido bastante á ponerla en esa triste situacion.

Lo que hoy he hecho debe calmar para siempre nuestros remordimientos.

He llegado en el momento en que el marido había encendido un brasero en medio de la pobre habitacion; he entrado como un buen ángel; he dado respiracion á sus ahogados pechos, he tomado á los dos del brazo y los he hecho subir en mi carruaje, á pesar de lo destrozados que estaban.

—¡Ahl exclamó Bibandier.

—Los he conducido cerca de aquí, dijo Roberto,

á una fonda decente. Les he dado buena comida y cama. Están como el pez en el agua.

—¿Y cómo te han seguido? preguntó Blas.

—He dicho á Penhoel, respondió Roberto, que le daría tanto aguardiente como deseara, y una revancha general por todas las partidas de ecarté que en Bretaña perdió con nosotros.

—¿Y la Señora? preguntó Blas.

—Le he hablado de su hija.

—¡Pobre mujer! murmuró Lola, que bajó los ojos por efecto de un involuntario movimiento de piedad.

—¡Con cuánta razon se dice, prosiguió Roberto, que toda buena accion tiene su recompensa! porque ahora tenemos en nuestro poder al verdadero señor de Penhoel, hijos míos, y ¡ay de ese bergante de Pontalés!

—No nos falta mas que una bagatela, dijo Bibandier, quinientos mil francos.

—¡Bah! dijo Blas; mañana tendremos tres millones.

—¿Y si no llega á suceder?

—En ese caso, exclamó Roberto, podremos utilizarnos del mismo Penhoel, porque aun no os lo he dicho todo, queridos míos. Esa especie de prueba que yo hice ayer refiriendo al nabab un hecho demasiado verídico, no ha dejado de tener su resultado, por mas que á primera vista pareciera imprudente. ¿Sabeis ya que he recibido esta mañana antes de salir una carta del palacio Montalt?

—Sí, replicaron á la vez Blas y Bibandier. ¿Sabes lo que quiere el nabab?

—Lo sé.

—¿Lo has visto?

—No, pero al volver aquí me he encontrado con otras dos cartas de Berry Montalt. En la primera ya sabeis que no decia nada. En la segunda se explica algo. En la tercera canta de plano como un inocente.

—¿Y qué dice?

El Americano se sonrió.

—Es una historia muy chistosa, replicó al fin, y que no se comprende fácilmente. No sé qué pensar; pero ese Montalt, como todos los que vuelven ricos de la India, es hombre de caprichos absurdos é inesplicables.

—¡Pero!

—Bien; he aquí lo que es. Parece que ayer he estado muy elocuente, sobre todo acerca de cierta misiva dirigida por Marta á Luis de Penhoel; hace mucho tiempo que ese documento nos está siendo de la mayor utilidad en los negocios de Bretaña. Y ahora he aquí que Montalt lo quiere comprar á un precio fabuloso.

—¿Comprarlo? dijo Blas; ¿para qué?

—¿Lo sé yo acaso? He visto en Londres un inglés que pagó delante de mí dos mil guineas por tres renglones de letra de una ladrona colgada en Tyburn, y ya sabeis que Montalt es inglés.

Pronunció estas palabras como si estuviera preocupado con otra idea.

—¿Pero tienes tú esa carta? dijo Bibandier.

El Americano sacó la cartera.

—La tengo, replicó, y casi estoy para creer que en efecto tiene mucho valor cuando por obtenerla me ha permitido ese pobre diablo de Penhoel que robara á su hija. Aquella noche sucedieron muchos acontecimientos, y Penhoel al partir se la dejó olvida, por lo que yo me volví á apoderar de ella.

—Y bien, dijo Blas; ¿por qué dudas ahora?.... ¡véndela!

Roberto estaba pensativo á pesar suyo.

—¡Sin duda, replicó, sin duda! El nabab no acostumbra reparar en lo que paga por sus caprichos, y estoy convencido de que nos daría cuanto quisiéramos; pero es preciso esperar. Un arma vale á veces mas que el dinero. Y mañana, como acabas de decir, amigo Blas, seremos millonarios.

Avanzaba la noche cuando Berry Montalt estaba de vuelta en su palacio. Habia pasado fuera todo el dia, y desde el Círculo habia escrito las últimas cartas al caballero de Las Matas.

La primera cosa de que se informó al bajarse del carruaje, fué de si habia ido el caballero ó si le habia escrito. El portero contestó negativamente á estas dos preguntas. No se habia recibido ninguna carta, y la única visita que por la mañana habia

ido al palacio, habia sido la marquesa de Urgel, preguntando por Mirza.

El nabab subió á sus habitaciones con aire triste y preocupado. Al entrar se sentó en su carpeta y mojó la pluma en tinta.

—¡Juan de Penhoel! murmuraba, ¡una niña robada! Todo esto es muy extraño. Tal vez hubiera debido hablar.

Dejó la pluma, apoyando su cabeza en la mano.

—¡Me persiguen y rodean esas ideas! prosiguió; ¿será la mano de Dios ó un juego de la casualidad? He hecho bien en incomodarme y decir, ¿qué me importa? ¡Mis heridas destilan sangre! ¡No tengo mas que un pensamiento!

Permaneció inmóvil un momento; luego su pluma, cogida con furor, corrió veloz sobre el papel.

Escribió una carta en un abrir y cerrar de ojos, pero la rompió mas pronto aún.

—¡No es este el medio de saber! He manifestado demasiado claramente á ese hombre mis deseos, murmuraba. Ahora no me resta ya mas que proponerle una venta.

Escribió otra vez:

“Si la carta de que el caballero de Las Matas me ha hablado ayer es remitida al palacio Montalt antes de media noche, pondré á disposicion del caballero una suma de cincuenta mil francos.”

Firmó.

Estando cerrando la carta se detuvo un momento y la abrió para poner cien mil en vez de cincuenta.

Su pluma quedó suspendida durante mas de un minuto, porque se preguntaba si no debía doblar la suma prometida.

Llamó á Seid y le entregó la epístola.

—Me traerás la respuesta en este mismo momento.

Seid se inclinó como de costumbre en señal de obediencia.

Al salir lo llamó Montalt.

—¿Han vuelto al palacio, preguntó dudando, esas niñas?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí.

—Hazlas venir.

Seid se retiró.

Un momento despues entraban en la habitacion del nabab Diana y Elena.

A pesar de la naturaleza novelesca y aventurera de su carácter, á pesar de la completa ignorancia en que se encontraban de las cosas del mundo, no podian las dos jóvenes prescindir de considerar como un sueño el recuerdo de aquella única y extraña entrevista que habian tenido con el nabab.

Habian pasado gran parte de la noche en el palacio velando cerca del lecho de Blanca, que se encontraba desde por la mañana en una especie de letargo.

La pobre niña habia experimentado aquella noche un choque terrible; aquel misterioso rapto la

habia destrozado: desde su entrada en el palacio Montalt no se habian vuelto á abrir sus ojos; su respiracion era débil; hubiérasela creído muerta si alguno que otro quejido no hubiera salido á intervalos de sus pálidos lábios.

Nawu, la criada de Mirza, habia acudido solícita á ofrecer su auxilio á las dos jóvenes.

Esta Nawu hacia una enfermera atenta y esperta. Era un socorro precioso que Diana y Elena aceptaban con reconocimiento.

Al velar á la cabecera del lecho de Blanca reflexionaban las dos jóvenes, y aunque no se pudiesen comunicar sus pensamientos por temor de despertar á la enferma, eran estos iguales.

Preguntábanse cómo la Señora y René de Penhoel habian podido huir en el estado en que se encontraban; los habian dejado moribundos! ¿Por qué abandonar su retiro precisamente en aquel momento?

¿Dónde habian ido?

Ninguna respuesta era posible á estas preguntas. Elena y Diana entreveian un misterio sin intentar siquiera penetrarlo.

—Volveremos mañana, se decian.

Y abandonando su imaginacion ese insoluble enigma, volvian á otras ideas. Diana pensaba en Enrique, Elena en Roger.

¿Qué habrian pensado la víspera? ¿Amaban aún? ¡No habian olvidado! ¡Oh! ¡eran tan amados!

Diana se regocijaba de haber encontrado el corazón de Enrique perteneciéndole todo.

Elena perdonaba á Roger su loca inconstancia por las lágrimas que le habia visto derramar.

Le amaba.

Una mirada cambiada manifestaba á las dos hermanas lo que sus almas sentian. Era una conversacion muda, y á veces se sonreian las dos, ruborizándose, como si en palabras demasiado atrevidas hubiesen enseñado su corazón de vírgenes.

Despues comenzaban á reflexionar sobre mil ideas á cual mas inocentes, pero ilusorias. No siempre se puede hablar de amor ni aun con el alma, y habia un asunto de meditacion que se apoderaba siempre de su pensamiento.

Aquel hombre que entonces era su huésped y que con una voz dulce y una sonrisa tan buena les habia dicho: soy vuestro padre; ese hombre, cuyo solo aspecto habia hecho terminar sus dias de miseria, ese buen génio de los pasados sueños, estaba allí siempre delante de sus ojos.

Veíanle con su noble belleza, con aquel orgulloso encanto que radiaba en su sonrisa.

Sus mas insignificantes palabras estaban grabadas en el corazón de las dos jóvenes.

¡Habia comenzado por ser muy cruel para ser luego tan generoso!

Diana y Elena no encontraban nadie con quien compararle; los hombres que hasta entonces habian visto no eran así.